





dad para con Mr. Cousin, sino que inspirado del cariño mas paternal hácia él, le hemos dirigido el 23 de Junio del año pasado una carta llena de ternura. En ella le decimos, que en las obras que ha publicado, hemos encontrado muchas cosas que nos darian confianza sobre la pureza de su fe, pero que hay otras mucho ménos exactas sobre la enseñanza de la Iglesia.

«Le hemos prevenido con tanto celo como afecto, y para alejar todo motivo de escándalo, lo hemos comprometido, a que declare públicamente que acepta todos los dogmas enseñados por la Iglesia, y que rechaza todo lo condenado por ella. Tambien, cuando estaba enfermo, el 26 de Febrero de 1857, le hemos escrito una carta, *toda de nuestra mano*, en la que le exhortamos de nuevo, con tanta consideracion como solicitud, a que manifestase la docilidad y sumision de su espíritu a la autoridad de la Iglesia, y siguiese el ejemplo de nuestro querido hijo el sacerdote Antonio Gunther, que sin ninguna dilacion, y con la mas profunda humildad, se sujetó al juicio de la Santa Sede en estos términos: «Por lo que toca a mí y a las obras que he publicado, estoy vencido, como nos enseña el Apóstol, que toda inteligencia debe cautivarse a la voluntad de Cristo; por lo mismo, fiel a los deseos y promesas de Aquel que ha establecido como Soberano Pastor de la Iglesia, digo y declaro, que descansa so plenamente en la autoridad de la Sede apostólica.»

Veis, pues, querido hermano, cuál ha sido nuestra longanimidad de padre y nuestra caridad para con Mr. Cousin. Esta paciencia, y esta caridad han hecho, que aunque se habia conocido que sus obras deban estar en el Indice, hemos diferido publicar el decreto que las condena. Animado siempre de este espíritu de condescendencia, consentimos en retardar todavía mas la publicacion de este decreto. Nosotros no dejaremos de ofrecer nuestros votos todos los dias al Padre de toda luz y misericordia, a fin de que ilumine con su gracia el espíritu y el corazon de Mr. Cousin, y se digne volverlo a colocar en el camino de la verdad, de la justicia y de

la salud. Pero vos sabeis muy bien, venerable hermano, que nos es imposible faltar a los deberes de nuestro ministerio apostólico, y no hacer todo aquello que pueda poner a salvo la salud del rebaño que Dios nos ha confiado.

«Con mucha satisfaccion hemos recibido los sentimientos de piedad, de amor y de respeto de que está lleno vuestro corazon hácia nosotros. Estad tambien seguro de la benevolencia que tiene para vos nuestro corazon paternal. Os damos de ello una prenda en la bendicion que os concedemos de lo íntimo del corazon y con amor, a vos, venerable hermano, a todo el clero y a todos los fieles de vuestra diócesis.

«Dado en Roma, en San Pedro, el 16 de Setiembre del año de 1858, 13.º de nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.

«¿Cómo pudo M. Cousin ocultar a Mr. Rendu las cartas que habia recibido de Roma? Si Monseñor hubiera tenido conocimiento de ellas, nunca hubiera dado cerca del Santo Padre un paso tan importuno.

«Por deferencia hácia el anciano obispo de Annecy, la dilacion que pedia fué concedida; pero se ve por la carta del Papa, que cuando la Iglesia se decide a dar un gran golpe, se han tomado de antemano todas las precauciones para prevenirlo. Hé aquí que se han pasado nueve años, y M. Cousin no se ha sometido aún. Tal vez si Mr. Rendu hubiese continuado con él, las conversaciones de Evian, el excelente obispo cuyo espíritu era tan elevado, como bueno su corazon, hubiera podido conducir al filósofo al regazo de la Iglesia. Esperamos que las oraciones del piadoso obispo, unidas a las de Pio IX, le obtendrán la gracia de no morir sin haber hecho su paz con la Iglesia.»

¡Ay! este deseo no se realizó. Dios, despues de haber esperado al célebre filósofo durante tres cuartos de siglo, lo ha citado a su juicio en el momento en que ménos lo esperaba. Se sabe que M. Cousin ha muerto en Cannes, herido por un ataque de apoplejía fulminante mientras que se desayunaba



con varios de sus amigos. Ha muerto sin haber podido recobrar sus sentidos y retractar los errores que habia sembrado en las nuevas ediciones de sus obras. \*

*Carta admirable de Pio IX á Mr. el obispo de Nimes.*

El elocuente y esforzado obispo de Nimes, que no ha dejado pasar una sola ocasion sin combatir con su lógica irresistible y su entusiasmo eminentemente frances a los enemigos de la Iglesia, acaba de recibir del Soberano Pontífice una carta admirable. Nosotros no recordamos haber leído otra tan fogosa y que contenga tantos elogios.

La ponemos a la vista de nuestros lectores. En ella se repite con frecuencia que es menester defender los derechos de la Santa Sede con mas calma y moderacion, y se verá lo que el augusto Pio IX, tan competente en esta cuestion, ha escrito con este motivo a Mr. Plantier.

La comunicacion siguiente ha sido dirigida al clero de la diócesis de Nimes:

\* M. Cousin acaba de morir súbitamente en Cannes. Los detalles dados sobre sus últimos momentos por el médico que lo asistió, no permiten creer que haya recobrado su conocimiento desde el momento en que fué atacado. Lo que se habia trabajado en el espíritu de M. Cousin, el carácter de sus últimas obras, sus relaciones mas frecuentes y tal vez las mas caras, permitian esperar que sus últimos momentos serian consolados por los auxilios de la religion. Dios no lo permitió. El golpe súbito que ha herido a M. Cousin deja sobre sus últimos pensamientos una duda que aclararán tal vez las declaraciones ó los escritos que no han visto aún la luz. La religion no tiene necesidad de extender y asegurar su imperio de adhesion y homenajes de los grandes ingenios que han ejercido sobre la opinion una influencia poderosa; pero ¡cuán consolador seria saber que han podido, a lo ménos en este momento supremo, buscar en ella consuelos a los cuales nada puede suplir, y pedirle esas esperanzas que solo ella puede dar!

(*Semaine d'Alby.*)

«Mr. el obispo habia tenido el honor de depositar a los piés del Soberano Pontífice un ejemplar de su *Carta pastoral sobre los peligros actuales de la Santa Sede y la crisis de trasformacion social que atraviesa el mundo.*

«Su Santidad Pio IX, en respuesta a este filial homenaje, se ha dignado dirigir a nuestro primer pastor una carta de agradecimiento y de felicitacion. Todos los sacerdotes de las diócesis serán dichosos con leer y conservar en los archivos de sus parroquias estas páginas solemnes, donde la autoridad suprema del Papa-Rey, para tributar el elogio y manifestar su gratitud, ha querido emplear el lenguaje de la mas paternal afecion.»

Sigue el texto de la carta del Soberano Pontífice, acompañada de una traduccion que nosotros reproducimos:

PIO IX, PAPA.

Venerable hermano, salud y bendicion apostólica.

La carta pastoral que habeis hecho imprimir el 7 de Octubre último, para dirigirla al clero de vuestra diócesis, Nos ha causado el mas sensible placer. Cuando la recibimos, hace pocos dias, la leímos con un inefable consuelo, y la hemos admirado por muchos títulos.

En esta Carta, en efecto, Venerable Hermano, vuestra religion tan ilustrada, vuestra adhesion tan tierna, vuestro celo tan ardiente por los intereses católicos, os han *arrancado quejas elocuentes* sobre los peligros más y más graves, con que una revolucion tan impía como funesta, amenaza cada dia a Nuestra Persona y a esta Sede apostólica.

Al mismo tiempo, y con sobrada razon, deplorais los irreparables daños que esta misma Revolucion no cesa de causar a la sociedad civil por las turbaciones y desórdenes continuos.

*En un magnífico lenguaje, impregnado de una libertad y energia verdaderamente episcopales*, vos mostrais cómo los propagadores temerarios del espíritu revolucionario, levantan en todos los países su frente cada vez más y más inso-



lente,—declarando a la Iglesia católica, a Nosotros, y a Nuestra Cátedra, la guerra mas irreconciliable y la mas sacrilega, —empleando todos los medios para destruir y usurpar con provecho suyo Nuestra soberanía temporal, así como la autoridad de la Sede apostólica, esforzándose, en fin, en aniquilar la idea misma de la verdad, de la virtud, de la justicia, y por una confusión voluntaria de los derechos de Dios y de los derechos del hombre, intentan hasta borrar la noción de estos derechos sagrados.

Vos señalais con un sabio discernimiento, venerable hermano, denunciáis con un legítimo dolor estas mentiras incontables y pérfidas, estas maquinaciones criminales, estos excesos horrosos de impiedad sistemática, estas doctrinas en fin, peligrosas, abominables, que los revolucionarios esparcen por doquier, con el fin declarado de corromper las inteligencias y los corazones, de apartarlas de las santas prácticas de nuestra religion, para precipitarlas despues y hacerlas perecer miserablemente en el abismo de la incredulidad, de la indiferencia y de un odioso ateísmo.

Vos no habeis descuidado, venerable hermano, recordar el imperio que ejercen ahora, las injusticias y crímenes que hacen cometer una ambición sin límites y una concupiscencia, de la que San Pablo ha dicho «que es la raíz de todos los males.»

¿Podríamos, pues, nosotros no felicitaros por haber escrito una *Carta pastoral tan digna de un obispo católico*, cuando por otra parte sabemos que estais resuelto a sostener intrépidamente, sin cansaros nunca, la causa de Dios, de su Iglesia, de esta Cátedra, la causa de la verdad y de la justicia?

Nuestro gozo ha sido grande tambien, al ver por esta carta el empeño que habeis tenido en excitar a vuestros diocesanos a que rueguen a Dios sin descanso para obtener de Él el triunfo próximo de su santa Iglesia. Este es el deber de todos; todos deben suplicar al Padre elementísimo de las misericordias, «que se levante, en fin, a juzgar su causa, a en-

cadenar los vientos y la mar, a dar a su pueblo la paz,” y a hacer abandonar a los enemigos de esta Cátedra, las vías de su impiedad, para volverlos a los senderos de la justicia y de la salud.

Creed, venerable hermano, *en la especial benevolencia de Nuestro afecto hácia vos*, y tened de ello una prenda segura en la bendición apostólica que os damos, del fondo mas íntimo de nuestro corazón, para bendeciros a vos, y con vos al rebaño confiado a vuestra solicitud.

En Roma, cerca de San Pedro, el 19 de Noviembre de 1866, el 21 de Nuestro Pontificado.

PIO IX, PAPA.

(De su propia mano.)

#### *Cuánto ama Pio IX al obispo de Nimes.*

Se escribía de Roma a *L'Union*, el 6 de Junio de 1867, estas líneas muy honrosas para Mr. Plantier:

«El miércoles pasado, el Santo Padre estaba en la Villa Borghesa, donde la multitud le rodeaba y seguía respetuosamente en su paseo. Hubo un incidente muy notado. Mr. el obispo de Nimes, llegó el mismo día a Roma, y pasando por los alrededores, se apresuró a ir al lugar donde se encontraba el Papa, para mezclarse con las personas que le seguían. Uno de los prelados que acompañaban al Santo Padre, le hizo advertir la presencia de Mr. Plantier, é inmediatamente se dirigió hácia él, le dió a besar su mano, y lo recibió de la manera mas afectuosa; despues, haciéndolo colocar a su lado, y adelantándose a su acompañamiento, entró a la ciudad enteramente solo con el prelado francés, recorrió a pié con él toda la plaza del pueblo, una gran parte del Corso, y no lo abandonó mas que para subir a la carroza en la plaza de San Carlos. Este favor particular que



te infortunado, que despues de haber sido un célebre apolo-  
gista como Tertuliano, habia dado en los errores mas deplora-  
bles, a ejemplo del duro africano.

El padre Ventura escribia el 10 de Agosto a F. Lamennais,  
su antiguo amigo, estas líneas que siempre serán una prue-  
ba sensible de la bondad y condescendencia del augusto  
Pio IX, y un terrible testimonio del endurecimiento del des-  
graciado que tuvo el triste valor de resistir a tales agasajos:

«Tengo que hacer os una embajada: es de parte del Angel  
que el cielo nos ha enviado, de Pio IX, a quien he visto es-  
ta mañana. Me encarga deciros que os bendice y os espera  
para abrazaros. Es el buen pastor que busca a su oveja, es  
el padre que va en pos de su hijo. Así yo no desespero ve-  
ros volver a la antigua bandera para combatir reunidos,  
como lo hemos hecho ya, por la gloria de la religion y la  
felicidad de la pobre humanidad. Con la esperanza de no ser  
desairado, soy como siempre, vuestro afectisimo amigo y  
hermano.—«VENTURA.»

Lamennais respondió el 8 de Noviembre:

«Como despues de las pruebas tan numerosas que me ha-  
beis dado, mi querido amigo, no he dudado un solo instante  
de vuestros sentimientos hácia mí, tampoco podeis dudar de  
los que os he manifestado hace tanto tiempo y que no se ex-  
tinguirán sino conmigo. Pero, unidos siempre por el cora-  
zon, hemos dejado de estarlo completamente por las convic-  
ciones del espíritu . . . . .

«Ruego con todo mi corazon a Aquel que dispone soberana-  
mente de las cosas humanas, que bendiga los designios  
que inspirará al mismo Pontifice venerable, cuyos esfuerzos  
en este momento encarecen los pueblos por sus aclamaciones  
unánimes. La mision que la Providencia ha confiado a su  
celo es inmensa. No se quedará atras, marchará con firmeza  
hasta el fin en la senda gloriosa abierta ante él.

«Os suplico pongais a sus piés mis votos y respetos.»

*Bondad de Pio IX para con M. Cousin. \**

«En 1858, Mr. Rendu estaba en Evian con Mr. Rivet,  
obispo de Dijon, y M. Sauzet. El mismo año llegó M. Cousin.  
Estrechas relaciones se entablaron entre los dos prelados y el  
filósofo. Mr. Rendu, demasiado fácil para creer de buena fe  
a los demas, creyó notar que M. Cousin se unia a la Iglesia.  
Viejo y gastado por la desgracia, más que por los años, M.  
Cousin estaba consternado porque su filosofia habia muerto  
ántes que él.

«Padre del eclecticismo frances, tenia la pretension de con-  
ducir al espiritualismo las ideas de un siglo que veía con es-  
panto precipitarse al materialismo y al deleite. Aun no era  
viejo M. Cousin cuando todos sus discípulos lo habian aban-  
donado, y decia: «Solo la Iglesia permanece siempre.»

«En este momento, los diarios anuncian que la Santa Sede  
va a poner en el Indice las obras del filósofo. De temor que  
esta condenacion, a la cual son sensibles aun aquellos que  
fingen no creerla, no retardase la conversion de M. Cousin,  
Monseñor se atrevió a escribir a Roma para que la publica-  
cion del decreto del Indice fuese diferida. Ved aquí en efecto  
la carta que dirigió a Su Santidad:

«Annecy, 1.º de Setiembre de 1858.

«SANTÍSIMO PADRE:

«Si no estuviese detenido por las enfermedades que vienen  
a consecuencia de la edad, no seria una carta la que iria a so-  
licitar las miradas de Vuestra Santidad; el obispo de Annecy  
seria feliz en ir personalmente a pedir el favor de besar los  
piés venerados del Gefe de la Iglesia. Aquel que ha tenido  
una vez la dicha de ver a Vuestra Santidad, desea verlo aún;

\* Estas páginas están tomadas de una vida muy interesante,  
aunque demasiado corta, de Mr. Rendu, obispo de Annecy, publi-  
cada recientemente por M. el abad Guillermin, su limosnero.



en cuanto a mí, Santísimo Padre, no pido a Dios otra cosa que este favor ántes de morir.»

«SANTÍSIMO PADRE:

«Se me asegura que personas bien intencionadas manifiestan el deseo de ver poner en el Índice las obras de M. Cousin, antiguo ministro de Luis Felipe, y profesor de filosofía. Si me fuera permitido expresar mi opinión sobre la oportunidad de esta medida, yo suplicaría se prolongase la longanimidad de que la Santa Sede ha usado hasta hoy. He visto a Mr. Cousin en las aguas de Evian, en mi diócesis; le he visitado con frecuencia, y he encontrado en él un hombre disgustado de las incertidumbres de la filosofía, y que marcha a pasos agigantados hácia la infalibilidad de la Iglesia, de la que no habla sino con un gran respeto, y a la cual mira como el camino mas seguro para llegar a la verdad. Experimenta además una decepción que le es muy útil. Mr. Cousin habia pasado su vida en fundar un sistema de filosofía ecléctica; creía haber establecido para siempre la filosofía espiritualista en Francia, y hé aquí, que aun viviendo, ve establecer entre sus propios discípulos una escuela que pártete del ateísmo, para llegar al conocimiento de las cosas. A un profesor de filosofía de Turin, Mr. Ferri, que le hacia una visita, le dijo hace algunos días: «Escuchad, yo soy un viejo veterano en esta parte; creedme, sed siempre cristiano en vuestra enseñanza, y sobre todo, no os desavengais con la Iglesia.»

«Yo pienso, pues, Santísimo Padre, que seria bueno aprovechar esta alta inteligencia, para que se abra a la fe. No ha sido condenado cuando estaba poderoso en palabra y acción; ahora es ménos peligroso; no hay por lo tanto, mas que ganarlo y esperar. El es al mismo tiempo una arma contra esa escuela del ateísmo, que se extiende y seduce a tantas gentes de gran capacidad, como los Taine, los Renan, los Reynaud, etc.

«Habiendo llenado mi objeto, no me queda más, Santi-

simo Padre, que postrarme a vuestras plantas, besar vuestros piés, y pedir para mí y para toda mi diócesis, vuestra santa bendición.

«Me atrevo a decir con un profundo respeto,

«De Vuestra Santidad, el mas humilde y obediente servidor,

«† LUIS, OBISPO DE ANNECY.»

«La condenación iba a aparecer, cuando la Santa Sede creyó podía acceder a los deseos del Obispo de Annecy. Monseñor recibió por la nunciatura de Paris una respuesta del Soberano Pontífice, que nos enseña con qué miramientos trata Roma a las personas, aunque condene sus doctrinas.

«A nuestro Venerable Hermano Luis, Obispo de Annecy.

«PIO, PAPA IX.

«Venerable hermano, salud y bendición.

«Con felicidad hemos recibido de vos, venerable hermano, el 1.º de este mes, una carta en la que nos participais que últimamente habeis visto a nuestro querido hijo Víctor Cousin, en los baños de Evian, en vuestra diócesis, y que él mismo reconoce el error de su vana y engañosa filosofía. Nos decís que está ahora dispuesto a reconocer la autoridad infalible de la Iglesia como la vía mas segura para encontrar la verdad, y asimismo, que Mr. Cousin, hace pocos días, ha declarado a un ilustre filósofo de Turin, que habia ido a verlo, que al enseñar la filosofía, lo hiciese como cristiano, y que nunca pretendiese atacar a la Iglesia. Al afirmar todo esto, nos manifestais vuestros deseos de que se retarde la publicación del decreto que condena las obras publicadas por Mr. Cousin, y esperais que él volverá a la fe católica.

«Nosotros no queremos que ignoréis, venerable hermano, que no solamente hemos usado de una gran longanimi-